

te político, los Alberti se sentían incómodos entre los intelectuales revolucionarios mexicanos. Era natural que los radicales mexicanos les parecieran a los Alberti un poco arcaicos, rústicos y estrechamente dogmáticos. Todos ellos pertenecían a la LEAR, (Liga de Artistas y Escritores Revolucionarios), una agrupación que había sido fundada a imagen y semejanza de otras similares que existían en Europa, como las A.E.A.R. de Francia y de España. En aquellos años esas sociedades estaban a punto de desaparecer, transformadas en Alianzas de Escritores Antifascistas para la Defensa de la Cultura. Era el momento de los Frentes Populares, la mano tendida a demócratas burgueses y católicos, la amistad con Gide, Malraux, Forster, Auden, Spender. En realidad, por su edad, su formación y sus gustos estéticos, los Alberti se sentían más cerca del grupo de poetas de la revista Contemporáneos -Pellicer, Novo, Villaurrutia, Gorostiza y otros- tildados por los radicales de cosmopolitas, artepuristas y reaccionarios. Por esto no es extraño que el libro de poemas que Alberti escribió en México a la memoria de Sánchez Mejías fuese ilustrado por un pintor ajeno a las luchas ideológicas, Manuel Rodríguez Lozano, y no por Siqueiros.

Las relaciones de Alberti con los jóvenes eran más naturales. En una ocasión nos reunimos con él en un bar. Cada uno de nosotros leyó uno o dos poemas. Alberti escuchaba con cortesía aunque, hay que confesarlo, sus comentarios eran parcos y poco entusiastas. Cuando llegó mi turno, vacilé: mis poemas no eran sociales ni combativos como los de los otros sino más bien íntimos. Sentí un poco de vergüenza: de pronto me pareció que leer aquellos textos era como incurrir en una confesión no pedida. Alberti reparó en mi turbación. Al salir me llamó aparte y me dijo: "En lo que escribes hay una búsqueda de lenguaje y por eso tus poemas, en el fondo, son más revolucionarios que los de ellos. Tú te propones explorar un territorio desconocido -tu propia intimidad- y no pasearte por parajes públicos en donde no hay nada que descubrir". No he olvidado nunca sus palabras. ¿Las recordaré Alberti?

Rafael y María Teresa dejaron México a mediados de 1935. Volví a verlos dos años después en Madrid, en plena guerra. Aunque Rafael era ya

una figura pública -dirigía la Alianza de Intelectuales de Madrid- en la intimidad reaparecía el poeta que yo había conocido en México. Caían bombas y estallaban obuses, había poco que comer y mucho que padecer pero en la Alianza de Intelectuales las reuniones eran frecuentes. Concurrían poetas, escritores, pintores, actores, músicos y una población flotante de amigos de Rafael y de María Teresa, así como los extranjeros que estábamos de paso. Se hablaba, se cantaba y, a veces, se bailaba. Recuerdo una fiesta de disfraces y a Rafael Alberti vestido de domador de un circo quimérico. Travesuras y algazaras con las que los hombres, en situaciones semejantes, se han burlado siempre de la muerte, desafíos y juegos al borde del abismo que Rafael Alberti dirigía con una suerte de soltura geométrica. Enamorado del volumen y la línea, parecía más italiano que español: sin embargo, habitado por un duende caprichoso y fantástico, a veces grotesco, resultaba al fin más andaluz que italiano. Doble y complementaria visión: vanidad y gracia de surtidor, melancolía secreta de pozo.

La guerra nos dispersó a todos y el descubrimiento de la realidad rusa y de la verdadera naturaleza del régimen soviético nos dividió. Durante muchos años Alberti vivió en Buenos Aires y después en Roma, yo regrese a México y anduve vagando por el mundo. Mucho después, en 1967 volvimos a vernos, en el Festival de Poesía de Espoleto. Cruzamos unas pocas palabras: demasiadas cosas nos separaban. Entre todas estas imágenes de Alberti retengo la de una tarde de 1937, en Madrid. Me veo paseando con él por la Castellana; al llegara la Fuente de Neptuno torcemos hacia la izquierda, subimos por unas calles empinadas y nos internamos lentamente por los senderos de El Retiro. Me asombra el cielo pálido, plateado; el sol ilumina con una luz final, casi fría, los troncos, los follajes y las fachadas; apenas si hay gente en el parque; sopla ya el viento insidioso de la sierra. Oigo el rumor de nuestros pasos pisando la hojarasca amarilla y rojeante del otoño precoz. Rafael habla de la transparencia del aire y del humo de los incendios, de los árboles ofendidos y de las casas caídas, de la guerra y sus desgarraduras, de Cádiz y sus espectros. A su lado salta Niebla, su perro. Alberti se detiene y, miran-

do al perro, me dice unos versos que ha escrito hace poco:

Niebla, tú no comprendes, lo
cantan tus orejas,
el tabaco inocente, tonto, de tu
mirada,
los largos resplandores que por
el monte dejas
al saltar, rayo tierno de brizna
despeinada...

Mientras recita, Niebla corre de un lado para otro, desaparece en una arboleda amarilla, reaparece entre dos troncos negros, fantasma centelleante. Las palabras se disipan, Rafael Alberti y su perro se alejan entre los árboles, yo escribo estas líneas.

México, a 30 de Abril de 1984.

Conservadores y pieles rojas

Carlos Castillo Peraza

¿Cuál es la parte recuperable de la tradición conservadora que el PAN, de acuerdo con la sugerencia de Enrique Krauze, deberá reivindicar? Lector a secas, me lo pregunté. Lector panista, me lo tenía que preguntar a partir de *Por una democracia sin adjetivos*, en Vuelta de enero. La pregunta es de difícil respuesta, pero en algún momento hay que comenzar a esbozarla. Cuando menos es necesario poner en cierto orden el torrente de preguntas nacidas de la lectura del sugerente ensayo.

Los conservadores, ¿que se hicieron?

¿A qué conservadores se refiere Krauze? Si es a los que recibieron tal nombre de pila por obra y gracia de padres y padrinos que se autobautizaron liberales, las cosas se complican. ¿Son conservadores esos conservadores? Si uno lee *Caras de la historia*, del mismo autor que comentamos, parece que ni él está tan seguro del conservadurismo de esos conservadores.

Y es que más bien parecen liberales. Y parece que su pugna con los liberales es una escaramuza entre hermanos divididos por banderas políticas liberales: unos se la jugaron con el despotismo ilustrado pro-monárquico, y perdieron; los otros apostaron por el republicanismo ¿menos despótico, menos ilustrado? y ganaron. Pero los unos y los otros eran liberales, hijos de su tiempo, creyentes de la razón, apóstoles del progreso, modernos, iluminados... ¡y poco vinculados con un pueblo que hasta la fecha no es liberal ni conservador, según las etiquetas repartidas el siglo pasado después del naufragio del hombre que vino de Miramar!

¿No es tan grotesco el emperador austriaco vestido de charro como el presidente zapoteca ataviado de ministro parisiense? Y, como Krauze frente a otro mito, yo también “me santigué tembloroso” al preguntarlo. Aquí hay algo que hay que discutir -y en algún número de Vuelta lo hizo Aquilino Duque al comentar una obra del crítico de la modernidad ilustrada, el italiano Augusto del Noce- y es el hecho de que la razón moderna, la que se coronó a sí misma con Hegel y se hizo emperadora con Napoleón, la que inventó el mito del progreso, la que iba a acabar con el misterio, el tabú, la religión, el miedo, el dolor, la enfermedad y la muerte, parece muy poco apta para encarnarse y muy dispuesta a disfrazarse. Como la de los héroes de García Márquez, da la impresión de ser una soledad en busca de pueblo.

¿No hay algo de cierto -y ojalá que Krauze nos ayude a aclararlo- en la afirmación de que supuestos liberales y supuestos conservadores fueron dos élites ilustradas que se enfrentaron en la cima, lejos de los mexicanos reales, en nombre de ideas iguales pero de partidos políticos diferentes? ¿Acaso Maximiliano no era un liberal? Si así fue, su conflicto, magnificado por las mismas élites y convertido en la *única* historia de México, ha callado durante casi dos siglos la voz del pueblo mexicano. En adelante, los vencedores llamarían conservadores a los derrotados y cada siguiente vencedor se ubicaría en la genealogía de los anteriores. Y así, lo que ese pretexto para la irresponsabilidad concreta que ha sido llamado historia por todos los tiranos, y que diviniza a la victoria, haría de to-

do vencedor un liberal y de todo derrotado un conservador. Lo que empezó como lucha de la razón para terminar con el dogma devino erección de la fuerza en criterio de racionalidad, de verdad. Así nació un laicismo más fanático que cualquier otro *ismo*: el que pretende que sólo puede tener vida pública lo laico.

Y, si las cosas fueron así, los conservadores ¿qué se hicieron? Y, en consecuencia, ¿qué es lo que el PAN puede recuperar de ellos? En todo caso, tendría que recuperar algo de la tradición *liberal*, de la que liberales y conservadores fueron manifestaciones siamesas unidas por la voluntad de monopolizar el poder.

Hay otra “matriz cultural”

En México, y en el mundo, hay cuando menos una matriz cultural además de la racionalista-iluminista-liberal. Es la católica. Tiene en su base una afirmación enormemente importante: el hombre es libre. Que a lo largo de la historia se hubiese disimulado, extrañado, ocultado o temporalmente perdido es lo de menos. Existió y existe. Frente al luteranismo de la predestinación -negación de la libertad- afirmó a la persona individual libre. Por eso siempre es posible un catolicismo liberal, pero no con la carga que lleva lo que habitualmente se llama liberalismo. No es posible ahora entrar en muchos detalles, pero hay que decir que en México hay un pueblo católico que no se hizo liberal con nuestros llamados liberales, ni “conservador” con nuestros llamados conservadores. Tampoco ha sido convertido al protestantismo por las sectas de origen anglosajón, ni al marxismo por todos los que lo han intentado (hasta católicos). Vamos, ni siquiera ha sido laicizado por las declaraciones, Constitución, textos gratuitos y obligatorios, maestros diversos y demás. Sigue ahí, oyendo y leyendo un discurso incomprensible y siguiendo con poco interés las pugnas en la cúspide. Es tal vez, como lo decía en Ginebra el polaco Leszek Kolakowski, la materia en la que piensan todos los que quieren hablar de un cambio o promover una transformación: objeto que nunca ha sido sujeto o que, si lo ha sido durante algún lapso, lo ha dejado de ser en virtud de las élites que lo han vuelto a sofocar.

Y ese pueblo es mayoritario en México. Tan mayoritario como incapaz

de movilizarse de acuerdo con sus creencias. Tampoco hay ahora espacio para ir a la búsqueda del por qué, pero podría imaginarse que es un pueblo al que las élites desarraigadas de él no le han permitido generar sus propias élites, esas sí enraizadas y fieles.

¿El hecho de que este pueblo no se sienta -ni esté- vinculado con liberales (de las dos familias) lo convierte en conservador? Sí, en el sentido que el liberalismo da al conservadurismo: es un pueblo religioso, todavía en contacto con el mundo agrario, poco entusiasmado por un progreso ofrecido y jamás cumplido, despreciado en el fondo por los hombres de razón. Todos los que viven de hablar de él están dispuestos a hacer todo por él, pero muy poco o nada con él. Todo “revolucionario” parece decidido a luchar hasta la última gota de sangre de aquel.

La élite de ese pueblo: pieles rojas

Como en México nadie acepta ser conservador, ese pueblo se quedó sin élite propia, fiel. Quedó a la merced de sus salvadores. Y en esto mucha responsabilidad es de quienes nos decimos católicos y hemos sucumbido a una especie de complejo de pieles rojas: en la reservación nos ponemos las plumas y los mocasines, danzamos e invocamos al Gran Espíritu. Luego, derrotados por la modernidad liberal, nos disfrazamos de blancos para vivir tranquilos, sin temor a la burla y al adjetivo.

Ha sido la incapacidad católica para dar respuesta al iluminismo, a la modernidad que divinizó al progreso, la que ha generado al progresismo y al integrista católicos, nueva versión de pugna de élites y alejamiento del pueblo. El progresista, incapaz de dar respuesta al desafío de la modernidad ilustrada, se disuelve en ella: pasa de católico liberal (etiqueta que dan los liberales) a católico marxista (*idem*), reduce en ambos casos su identidad a un problema de vida privada y, angelicalmente, piensa que sus ideas religiosas no necesitan de instituciones: ¡viva la diáspora! ¡viva el cristianismo anónimo!. El integrista, igualmente incapaz de dar respuesta a esa modernidad, no se disuelve sino que se congela: decide vivir en el ghetto, sin contacto, con el puro ánimo de defender una fortaleza cuyas murallas lo aprietan inexorablemen-

te. El uno opta por perder su identidad para ganar al mundo. El otro opta por olvidar el mundo para salvarse él. Y ambos pierden con frecuencia en los dos tableros.

Para poder vincularse con el pueblo, creo que el PAN tiene que recuperar su propio discurso original -más el de González Luna que el del Gómez Morin de 1939- que es el de ese pueblo olvidado por las élites liberales (divididas en dos familias). Sus dirigentes -todos católicos, pero casi todos dispuestos a hacer política disfrazados de laicos- debemos derrotar al complejo de pieles rojas y así entiendo la recuperación de lo válido de la tradición conservadora: no como eslabonamiento histórico con los liberales que perdieron una batalla a manos de otros liberales, sino como vinculación con un pueblo que brilló por un momento en la revolución mexicana, y luego -entre promesas de progreso, de conocimiento racional, de...- llegó a donde está hoy: a la desarticulación mejor barnizada de socialización y al margen de todos los beneficios que la razón ilustrada aseguró que tendríamos, una vez derrotados los ¿conservadores?

La vuelta de los días

En memoria de Alone

Hasta hace muy pocos años, la crítica literaria estuvo dominada en Chile por la crónica dominical de Hernán Díaz Arrieta, que nació en 1891 y se firmaba desde comienzos de siglo con el seudónimo de Alone. Alone, Hernán Díaz, se definió siempre a sí mismo como el continuador criollo de Sainte Beuve. el autor de las **Charlas de los**

Lunes, y como discípulo de Eriest Renan y de Taine. Es decir, se había propuesto ser un liberal a la manera del siglo XIX francés. En la última etapa de su vida, a fines de la década del sesenta y comienzos de los setenta, tendió a salirse del puro comentario de libros para hacer su defensa de la libre empresa y de las libertades públicas, que creía amenazadas por el avance de la izquierda y, sobre todo, por el triunfo electoral de la Unidad Popular. En esa época, Pablo Neruda, que hasta cierto punto había sido descubierto en su juventud por Alone, al igual que Gabriela Mistral y muchos otros autores chilenos, sostuvo que era "un gran escritor y un ciudadano extravagante". Años después, hacia 1978, cuando se vio que el golpe de Estado no facilitaba una "transición a la democracia" sino la instauración cada día más sólida de una dictadura de corte franquista, Alone, ya demasiado anciano, optó por ingresar en su zona definitiva de silencio.

Me consta, a raíz de algunos casos de censura de libros, que fue a veces un silencio irritado y que Alone, por momentos, quiso volver a tomar la pluma para protestar. Ya era, por desgracia, demasiado tarde para él. Ahora, a los 93 años de edad, acaba de morir, en medio de la indiferencia, en un país que lo ignora y que para él habría resultado irreconocible. El personaje se había convertido, de un modo paradójico, sin darse demasiada cuenta, en representante genuino de la cultura chilena del pasado, una cultura que tenía elementos minoritarios, elitistas, junto a verdaderos ingredientes democráticos.

Toda mi generación, conocida en Chile como "generación del cincuenta", se formó, en alguna medida, bajo el alero de Alone, definiéndose en términos de simpatías o diferencias con él. Hubo, desde luego, muchas otras figuras o sombras tutelares: Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Vicente Huidobro, Humberto Díaz Casanueva, Rosamel del Valle, el Teófilo Cid del grupo surrealista de "La Mandrágora", Luis Oyarzún Peña, Nicanor Parra. Todos nuestros maestros y antecesores, sin embargo, tenían alguna deuda con Alone y estaban obligados a tomar posición frente a él, con admiración o con agresividad, incluso con ira, pero nunca con indiferencia. Gabriela Mistral se mantuvo siempre unida a él. Vicente Huidobro le publicó

sus trabajos de juventud en su revista "Musa Joven". Más tarde se distanciaron por razones políticas. En unas memorias incompletas, tituladas *Préterito Imperfecto*, Alone, a propósito de su ruptura con Huidobro, escribe: "Me dedicó una página agria, intencionada, en una de esas revistas efímeras que solía fundar, tan difícil de ver, por lo demás, como lo era, entonces, la parte del cuerpo con cuyo nombre la bautizó: 'Ombliquo'".

Pablo Neruda intercambiaba con Alone ocasionales estocadas o alfilerazos políticos, pero siempre reconoció el apoyo que había recibido en su juventud de Hernán Díaz, que llegó al extremo de prestarle quinientos pesos, suma importante en esos años (1923), para pagar la impresión de *Crepusculario*. Fueron amigos hasta el final, a pesar de las diferencias ideológicas. Alone, al saber la muerte de Neruda, doce días después del golpe de Estado, y pese a su absoluta diferencia de posición frente a ese hecho, llegó a rendirle homenaje, con lágrimas en los ojos, a la casa de Santiago que había sido saqueada y destruida por hordas fascistas. Después siguió al cementerio, pero ahí, según me ha contado una persona que lo acompañaba, escuchó cantar la Internacional y dijo: "Hasta aquí no más llevo", procediendo a retirarse. Muchas veces, en los tiempos en que Alone, alejado de la crítica literaria y convertido en panfletista político, atacaba con ferocidad al allendismo, oí decir a Neruda que era, a pesar de todo, uno de los grandes escritores chilenos.

Alone nunca fue un escritor de programa, un cultivador sistemático de la narración, del ensayo o de la poesía, como llegó a serlo el propio Neruda. Si pienso en la literatura de la España moderna, creo que la personalidad de Alone se puede comparar en muchos aspectos con la de Josep Pla. Alone no se encerraba en ningún género, ni siquiera en la crítica, pero tenía el dominio de una escritura original, creativa, que se servía de cualquier pretexto para su creación. Uno de sus grandes pretextos, desde luego, fue la lectura y el comentario de lo que leía. Por eso, precisamente, llegó a ser un crítico extraordinario para su época.

Mi primer contacto personal con Hernán Díaz Arrieta, indirecto, como se verá, se produjo en mi adolescencia y retrata muy bien al personaje.